

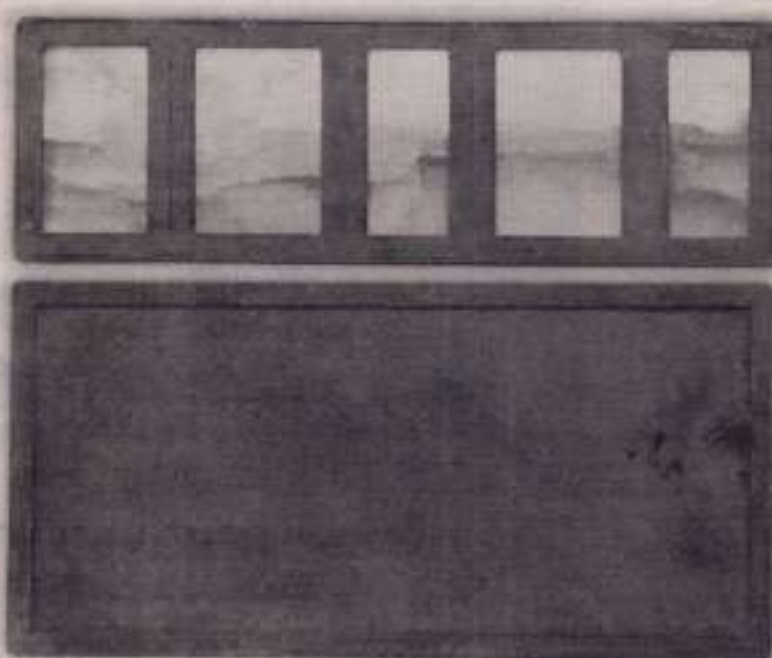


ALICIA LARRAÍN
"Libre albedrío"
Museo Nacional de Bellas Artes.

WALDEMAR SOMMER

Consigue mantener Galería Isabel Aninat su etapa inaugural de buenas exposiciones. Ahora amplía su presentación de sudamericanos: un venezolano y dos colombianos; los tres participaron en la reciente exhibición colectiva de la galería, "Entrecruce latinoamericano". Seis volúmenes testimonian a cada uno de ellos. Respecto de nuestros vecinos norteños más cercanos, si bien compatriotas nacidos el mismo año —1945—, Luis Fernando Peláez y Hugo Zapata se ubican, con sus propuestas, en las antípodas uno del otro. Así, el primero recoge ecos del pop art, de la abstracción geométrica, junto a gotas de un romanticismo vigoroso. Metálicos paralelepípedos de distintos grosores, resinas que comunican una coloración oscura y telas con desvaído estampado floral suelen entornar, también como protagonistas, manoseados objetos hallados: maletas, un paraguas. La noción de viaje, de desplazamiento memorioso, parece contraponerse a la idea de estabilidad familiar que emana de rectángulos y cuadrados, animados por el ensombrecido floreado.

No obstante, la poderosa capacidad de sugerencias de estos trabajos alcanza una intensidad conmovedora en dos momentos. De ese modo, una caja nos entrega, a través de su vidrio empañado como recuerdo remoto, la visión fotográfica de una decimonónica estación de trenes, cubierta por la nieve y con un sencillo pero enigmático objeto delante. Imaginar a éste como abanico plegado, asociar el ferrocarril y la nieve con la Rusia prerrevolucionaria podrían, acaso, convertir esta obra en el más poético homenaje a la inolvidable Karenina tolstoyana.



METAL Y PINTURA.— Obra del caraqueño Ricardo Benaim.

Otro aporte precioso de Peláez tampoco se olvida con facilidad. Se trata de la gaveta verdosa transformada en pantanoso fluido ambarino. Desde éste, como metáfora de superación, se salva un estandarizado perro de bronce.

Antes que nada llaman la atención los audaces cortes que admite la roca muy oscura —lutita o piedra de barro— que utiliza Zapata. Con sus apariencias de metal y curiosos sectores oxidados, define menhires o tótems, erguidos o recostados, cuya abstracción y aire neolítico no impiden aproximaciones a un par de mórbidos torsos humanos, a visceral canoa primitiva, a semilla coronada por increíbles tallas filosas. En todo caso, todas esas piezas ostentan la ausencia de artificios, propia del entorno natural.

Una compleja conjunción de

objetos encontrados y dispuestos en geométricos soportes de metal, a menudo con bastante de pintura o de mobiliario —art deco—, nos entrega el caraqueño Benaim. Una especie de pátina del deterioro lo cubre todo con su cromatismo de cálidos tostados. La disposición y la diversidad de objetos miniaturescos concurrentes hacen recordar a nuestro Montes de Oca. El venezolano, sin embargo, resulta optimista y suntuoso, y no del todo ajeno a cierto decorativismo.

CLAVES

Fijarse en la genuina y poética ambigüedad que Luis Fernando Peláez sabe obtener de desgastados materiales en desuso.



Laberintica instalación en el Bellas Artes.

Alicia Larraín

En el Museo Nacional de Bellas Artes, Alicia Larraín nos propone, dentro de la caja negra de la arquitectura, un simbólico laberinto sin salida y de brillantes grises metálicos, rojo texto como filete de entorno, multicolor y cambiante astro rector, bien administrada ambientación sonora —desde viento a plausos, desde Wagner a murga circense—. Los materiales escogidos, la composición, la iluminación, en fin, el montaje del conjunto, emergen inmejorables. Pese a la adecuación de los medios, cabe preguntarse: ¿se logra aquí la magia formal y conceptual que, envolviéndola, de veras reemza la sensibilidad del espectador? Quizá lo complejo del proyecto, quizá la difícil dimensión espacial de la Sala Chile o el alfombrado negro arrugado por el tráfago de un público participe menoscaben el efecto a que habitualmente apuntan trabajos de esta clase.